

la gloria, y me obligué á la pena del infierno; pero todo esto no es de importancia, ni tiene peso en mis ojos, en comparacion de haberte ofendido á tí. Sépanlo ó no lo sepan los hombres, condenen ó excusen mi hecho cada uno como quisiere; esté yo libre de la pena del infierno, y si puede ser, seguro del premio de la gloria, que nada de esto me da por ahora cuidado, y solamente me aflige el haber pecado contra tí. Y con el mismo espíritu parece que dijo el hijo pródigo á su padre <sup>1</sup>: Padre, pecado he contra el cielo y delante de tí, ya no merezco llamarme tu hijo; como si dijera: Bien tengo de qué avergonzarme de la vida que he tenido, y de los ejercicios en que me he ocupado, y del hábito y traje que ahora traigo; pero olvidado de todo esto, lo que me causa mayor vergüenza y me atraviesa el corazon de dolor, es haber ofendido á un tal padre como tú lo has sido para mí. Pues luego cuando el alma con la gracia divina se levanta al conocimiento de Dios, y al reconocimiento de su majestad y bondad, y de lo que merece ser amado y servido, y se mueve á aborrecer el pecado por ser ofensa de este Señor, más que por otra ninguna fealdad que tenga en sí, ó daño que me haga á mí; ésta se llama verdadera contricion, y hasta alcanzar este afecto debe cada uno esforzarse y trabajar en esta primera semana.

---

<sup>1</sup> Luc. XV, 18.

## CAPÍTULO XIX.

DEL ÓRDEN CON QUE EL PENITENTE SUELE SUBIR Á LA PERFECTA CONTRICION, Y DE UN IMPEDIMENTO QUE HAY PARA ELLO.

**A**UNQUE es verdad que Dios nuestro Señor puede inspirar luego al principio de la conversion un dolor de los pecados tan perfecto y tan subido de quilates, que llegué á ser verdadera y rigurosa contricion; porque fácil es en sus ojos enriquecer súbitamente al pobre <sup>2</sup>, como lo hizo con la Magdalena y con otros; pero lo ordinario es ir inspirando los motivos del dolor por el mismo orden que los hemos declarado. Porque como en los principios está el hombre tan material y tan inclinado á sí mismo, ninguna cosa siente sino su daño y su provecho; y como hombre animal, y que se gobierná todo por los sentidos, no le mueven tanto los gozos de la gloria, quanto le espantan los tormentos del infierno. Y así como á los caballos desbocados se les pone delante una espada desnuda para detenerlos, y á los que están con modorra les dan tormento de cordeles, ó humo á las narices para despertarlos; así á los pecadores desbocados y arrebatados de sus pasiones, y que están sepultados en un profundo sueño del olvido de Dios y de sí mismos, es menester ponerles á los ojos

---

<sup>2</sup> Eccli. XI, 23.

la espada desnuda de la divina justicia, y á las narices el humo del fuego infernal, para que se reporten y vuelvan sobre sí. Dios es el que mortifica y vivifica, como dijo Ana en su cántico <sup>1</sup>, y el que lleva á los infiernos y saca de ellos. Y respecto de Dios, como dice san Gregorio sobre este lugar, llevar á los infiernos, lo mismo quiere decir que atemorizar los corazones de los pecadores con la consideracion de los tormentos eternos, y sacar de los infiernos, lo mismo es que alentar los verdaderos penitentes con la esperanza del premio despues que han llorado sus culpas con el temor de las penas. Porque entonces empezamos á no pecar de veras, cuando la dureza de nuestro corazon se quebranta con el temor de los tormentos: y esto es entrar con la consideracion, y con el miedo y congoja en el infierno; y entonces salimos de él, cuando respiramos con la esperanza del perdon despues de las lágrimas de la penitencia. De esta manera declara san Gregorio aquellas palabras: Que lleva Dios á los infiernos, y saca de ellos.

Y esta experiencia del consuelo interior que siente el alma cuando se ve desahogada y dilatada con la esperanza, la va como destetando y desviando de todos los amores y gustos de la carne, y abriéndole los ojos para conocer y estimar los deleites del espíritu, y rastrear en alguna manera el estado de los bienaventurados. De manera, que el que antes aborrecia los pecados por el temor de la pena, ya los aborrece mucho más por el amor de la gloria. Y este es el segundo motivo para dolerse de los pecados, tan junto con el primero, que se puede reducir á la misma cabeza del temor de la pena, como hemos dicho.

<sup>1</sup> I Reg. II, 6.

Síguese el tercer motivo más perfecto que los dos pasados, conviene á saber, la fealdad que tiene el pecado en sí mismo. Porque considerando el hombre su dignidad, y el fin tan alto de la bienaventuranza para que fué criado, y doliéndose entrañablemente de haberse privado por sus culpas de tanta gloria, empieza juntamente á avergonzarse de que habiendo sido criado para ser compañero de los ángeles, él se haya hecho semejante á las bestias. Donde ya no le mueve tanto á arrepentirse de sus culpas el amor de su provecho, ni el temor de su daño, cuanto el desórden de sus acciones, que está ofendiendo los ojos de la misma lumbre natural. Cuando ya uno ha llegado á esta disposicion, muy cerca está de que Dios por su misericordia le dé luz para conocer que la mayor deformidad que tiene el pecado es ser ofensa del mismo Dios, que por tantos títulos de perfecciones suyas y de beneficios nuestros debe ser reverenciado y amado sobre todas las cosas; y esforzándose la voluntad con la divina gracia á este amor y reverencia tan debida, aborrece lo que ha hecho en contrario sobre todas las cosas, movida solamente del amor y de las obligaciones que tiene á Dios sobre todas las cosas. Y esta es la que llamamos contricion perfecta.

Y es mucho de notar, que habiendo tantos motivos, y tan eficaces, para dolerse de los pecados, una sola cosa les suele quitar la fuerza, y es la soberbia que se cria en el corazon de algunos pecadores; con la cual ni quieren dar á torcer su brazo para reconocer su culpa, ni para sujetarse á la pena, ni para dejar de hacer libremente su gusto en todo lo que se ofreciere. Por lo cual se escribe en Job <sup>1</sup>: El hombre vano se engrie con soberbia, y le

<sup>1</sup> Job XI, 12.

parece que puede vivir sin freno y tan libre como las bestias del campo. Y es cierto, como dice allí san Gregorio <sup>1</sup>, que la vanidad viene á parar en este fin de hacer al hombre atrevido con la culpa, para que olvidado de su miseria, y ciego con justo juicio de Dios, pierda tambien la humildad, pues que no se duele de haber perdido la inocencia. Y es esta tanta verdad, que despues de haber caido el hombre en el pecado, se suele cegar de tal manera con la soberbia, que ni quiere reconocer sus culpas, pareciéndole que ó no lo son, ó no son tantas ó tan graves; ni quiere persuadirse que ha de llegar el azote por su casa. Y su soberbia le hace creer, y á lo menos con la práctica da á entender que lo cree, que ha de disimular Dios con él, y sufrirle con todas sus tachas buenas y malas: discípulo é imitador de los fariseos, que les parecia que se habian de poder esconder de la ira venidera. Esta falsa persuasion suele nacer (principalmente en hombres poderosos y grandes de este mundo) de ver que son reverenciados, y temidos, y lisonjeados en medio de sus culpas, y esperan de Dios aquel mismo tratamiento que los hacen los hombres; y como está escrito en el Salmo <sup>2</sup>, se atreven á dar enojos á Dios, porque son alabados de los hombres en aquello mismo en que le ofenden. Y de este agravio se queja Dios gravemente en un Salmo <sup>3</sup>, cuando hablando con estos pecadores, y dándoles en rostro con su ceguedad y atrevimiento, les dice así: Si veias el ladrón corrias con él, y con los adúlteros entrabas á la parte, y te prometias ganancia de disimular sus hurtos y adulterios. Y despues de haber referido otros pecados que cometian, añade: Estas cosas

<sup>1</sup> Greg., 1. 10 Mor., c. 10. — <sup>2</sup> Psalm. X, 3. — <sup>3</sup> Ibid. XLIX, 18.

hacias; y yo por entonces disimulé y callé, y tú, malvado, pensaste que habia de ser yo como tú; esto es, en no castigar las culpas, y hacer amistad con pecadores.

De este mismo error nos quiso desengañar el apóstol san Pablo con un ejemplo claro y natural de la semilla <sup>1</sup>: No os engañéis, hermanos, dice, que no se puede nadie burlar con Dios, ni echarle dado falso, ni pensar que ha de coger otro fruto, sino conforme á la semilla que sembró: el que sembrare en su carne (esto es, obras carnales) cogerá corrupcion y hediondez, y el que sembrare en espíritu, cogerá la vida eterna. Que es tanto como decir: Que así como no es posible engañar la tierra para que sembrando en ella una semilla nos dé otro fruto diferente de ella; así será cierto que conforme á las obras que hiciéremos cogeremos el fruto de ellas. Y esto mismo nos enseña el Espíritu santo por el Eclesiástico cuando dice <sup>2</sup>: Noagas tú el mal, y no te lloverá encima. Hijo, no siembres los males en los sulcos de la injusticia, y no los cogerás con el siete tanto. Y este mismo desengaño nos dió en otro lugar san Pablo, diciendo <sup>3</sup>: No os engañéis, que ni los ladrones, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni otros géneros de pecadores que allí refiere, no poseerán el reino de Dios. Y notó bien san Juan Crisóstomo sobre este lugar, que con aquella palabra: No os engañéis, significó que hablaba especialmente contra los pecadores soberbios y ciegos, que se prometen impunidad en sus culpas, y les parece que con no nada aplacarán á Dios para que les perdone la pena que merecen. No os engañéis, dice san Juan Crisóstomo, que es extremado engaño y error esperar bienes habiendo hecho males, y presumir de Dios

<sup>1</sup> Ad Galat. VI, 7. — <sup>2</sup> Eccli. VII, 1 et 3. — <sup>3</sup> I Cor. VI, 9.

lo que fuera injuria y agravio pensarlo de un hombre.

Y porque el principio de este engaño de ordinario suele ser, ver que disimula Dios de presente, y no castiga, y el fin es vivir con libertad como una bestia cerril, que no obedece á nadie, ni reconoce freno ni espuela; por esto suele nuestro Señor adelantar el castigo misericordiosamente, y domar estos asnos silvestres, poniéndoles freno, y haciéndoles entrar por camino. Y así lo dice el Espíritu santo en los Proverbios <sup>1</sup>: El látigo para el caballo, y el cabestro para el asno, y el palo sobre las espaldas de los necios é imprudentes. Así que con el castigo se doman; y con estas hieles abren los ojos; y creen que han de ser castigados en la vida venidera, pues ya lo empiezan á ser en la presente; y empiezan á temer las penas eternas escarmentados con la experiencia de las temporales; y desde este principio van subiendo hasta la perfecta contrición que nace de la caridad como hemos declarado.

---

<sup>1</sup> Prov. XXVI, 3.

## CAPÍTULO XX.

DEL MODO CON QUE NUESTRO SANTO PADRE GUIA Á LOS  
INCIPIENTES PARA ALCANZAR LA PERFECTA CONTRICION.

**D**E lo dicho en los capítulos pasados se sacan los motivos que puede haber para dolernos de nuestros pecados, y el orden que hay entre ellos, y el que nuestro Señor suele guardar en adelantar las almas de lo menos á lo más perfecto, y los impedimentos que suele haber de parte de los pecadores para alcanzar el verdadero dolor de sus culpas. Ahora se verá la grande luz de Dios que tuvo nuestro santo Padre, y el extraordinario acierto y rara prudencia en ayudar al que se ejercita para alcanzar este afecto tan necesario de la verdadera contrición. Para lo cual hace dos ejercicios. En el primero pretende mover á dolor con el temor de la pena, que es el motivo más acomodado para los que empiezan. Y este intento le declara, como suele, en el segundo preámbulo, donde dice así <sup>1</sup>: *El segundo es demandar á Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo: aquí será demandar vergüenza y confusion de mí mismo, viendo cuántos han sido dañados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo merecia ser condenado para siempre por mis tantos pecados.* Siendo este el fin de este ejercicio, la materia de él y los puntos que se han de meditar son acomodados para conseguirle; y todos tratan de los castigos

---

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Semana, 1.<sup>er</sup> Ejerc.

que ha hecho Dios por algunos pecados. Y de aquí es, que no se trata en esta meditacion de los pecados propios, sino de los ajenos; porque se pretende en ella, que escarmentemos en cabeza ajena, y considerando la pena que se ha ejecutado en otros, prevengamos en nosotros el rigor de la divina justicia. Y estos pecados ajenos son los que quiere dar á entender el título de este ejercicio, que dice 1: *Meditacion con las tres potencias, sobre el primer, segundo y tercer pecado.*

Y es mucho de considerar, que siendo el mayor impedimento de la verdadera penitencia, la soberbia del pecador que disminuye sus culpas, y le parece que se podrá librar de las penas; luego en este primer ejercicio aplica el santo Padre la medicina á esta dolencia, haciendo fuerza en el segundo preámbulo, y en todos tres puntos en los castigos que ha hecho Dios por un pecado solo, en personas tan aventajadas, como son los ángeles y el primer hombre, padre y cabeza de todos los hombres. De manera que se puede desengañar cualquier pecador que no se le ha de guardar á él más cortesía de la que se guardó á los ángeles en el cielo, y al primer hombre en el paraíso; ni le parezca que sus pecados son pocos, pues un solo pecado hizo tal estrago en vasos tan preciosos, y de tanto valor; ni piense esconder sus culpas de los ojos de aquel Señor, que en sus ángeles descubrió la maldad 2; ni crea que le disimulará el castigo aquel Señor tan poderoso y tan justo, que á los reyes libremente los llama apóstatas, y á los príncipes los llama impíos, como se escribe en Job 3; esto es, que no los lisonjea ni excusa sus culpas, sino que se las pone delante de los ojos, como ellas son; y que no es aceptador de las personas de los

1 1.ª Semana, 1.º Ejerc.— 2 Job IV, 18.— 3 Ibid. XXXIV. 18.

príncipes, ni los conoce ni los mira á la cara cuando hacen agravio á los pobres, porque todos los hizo él, y son obra de sus manos. Este pues es el intento de aquel primer ejercicio 1: *Tener vergüenza y confusion de mí mismo, viendo cuántos y cuáles han sido dañados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo merecia ser condenado para siempre por mis tantos pecados.*

En el segundo ejercicio, que se llama *Meditacion de los pecados*, pretende el santo Padre adelantar al que se ejercita á más perfecto dolor. Y así en el segundo preámbulo, donde de ordinario se pone el fin de la meditacion, dice así: *El segundo es demandar lo que quiero: será aquí pedir crecido é intenso dolor, y lágrimas de mis pecados.* Los motivos que para esto propone son dos. El primero, la fealdad que tiene el pecado en sí mismo. El segundo, la que tiene por ser contra Dios. Y esta es la causa porque la materia de esta meditacion son los pecados propios, en los cuales se hallan estas dos deformidades. De manera, que el castigo y la pena quiere que se considere en los pecados ajenos para escarmentar en ellos; pero la fealdad y malicia en los pecados propios para aborrecerlos y acusarse de ellos y no en los pecados ajenos, de donde muchas veces se toma ocasion para excusar y aligerar los propios.

Para mejor conseguir este intento 2: *El primer punto es el proceso de los pecados, es á saber, traer á la memoria todos los pecados de la vida, mirando de año en año, ó de tiempo en tiempo.* Que es lo mismo que poner delante el tema ó el argumento de esta consideracion; así como tambien en la meditacion primera al principio de cada punto se trae á la memoria alguno de los pecados aje-

1 1.ª Semana loc. cit.— 2 1.ª Semana, 2.º Ejerc.

nos, como son el del ángel y el del primer hombre, etc. Síguese el segundo punto, que es, *ponderar los pecados, mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido contiene en sí, dado que no fuese vedado*; el cual es el tercer motivo de los que decíamos arriba, que había para dolerse y aborrecer los pecados.

En los tres postreros puntos se empieza á ponderar la fealdad del pecado por ser contra Dios, el cual es el motivo más perfecto de la contrición. Y esto se hace agravando y exagerando la culpa. Lo primero, por parte de quien la cometió, discurrendo en el propio conocimiento, y procurando llegar al fondo de mi miseria y de mi nada: y esto se contiene en el tercer punto. Y luego en el cuarto se pondera la culpa por parte de la persona ofendida, engrandeciendo á Dios con la consideracion de sus excelencias y atributos. Ultimamente sacando de estas dos consideraciones la fealdad enorme de cada culpa por modo de admiracion; juzgando mi desagradecimiento por merecedor de que todas las criaturas vengasen en mí la injuria de su Criador; y ensalzando su infinita bondad y amor que les ha mandado que le sirvan haciéndome nuevos beneficios por medio de todas ellas. Así se ve que nuestro santo Padre va guiando su ejercitante á la perfecta contrición llevándole por sus pasos contados desde los motivos más imperfectos hasta los más perfectos. De manera, que el que al principio mirándose á sí mismo se atemorizaba con un infierno, despues olvidado de sí, y mirando lo que merece una ofensa hecha contra Dios, se maravilla como todas las criaturas no se levantan contra él <sup>1</sup>, y como la tierra no se ha abierto para tragarle, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos.

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Semana, 2.<sup>o</sup> Ejerc., punto 5.<sup>o</sup>

## CAPÍTULO XXI.

### DE DOS AFECTOS QUE SE HAN DE SACAR DE LA CONSIDERACION DE LOS PECADOS.

**P**ARA mejor venir á este perfecto dolor que se desea, es de mucha importancia despertar en nosotros dos afectos. Uno del temor de la divina justicia; y otro de la vergüenza de nuestros pecados. Porque á quien le falta el freno del temor y de la vergüenza, fácilmente se despeña en todo género de vicios. El temor del castigo si está solo, es afecto muy servil; y la vergüenza es más noble y liberal, y que muestra un ánimo que está más aficionado á la hermosura de la virtud, que no temeroso de su propio daño; y por la misma causa está más cerca de la verdadera y perfecta contrición. Y es cosa muy digna de ponderarse, la destreza y cautela con que en esto procede este gran maestro de la vida espiritual; porque de tal manera procura exagerar la pena y mover á temor, que no tanto parezca temor de la pena, cuanto vergüenza y confusion de haber cometido delitos merecedores de tanta pena; procurando siempre engendrar un corazón filial para con Dios, y que le parezcan todas las penas, debidas, y aún pequeñas, para castigar sus injurias.

Para entender mejor la práctica de esto, será bien advertir las palabras del Santo, en la segunda adición de

las diez que están al fin de la primera semana: dice así <sup>1</sup>: *Cuando me despertare, no dando lugar á unos pensamientos ni á otros, advertir luego lo que voy á contemplar en el primer ejercicio de la media noche, trayéndome en confusion de mis tantos pecados, poniendo ejemplo así como si un caballero se hallase delante de su rey y de toda su córte, avergonzado y confundido en haberle mucho ofendido, de quien primero recibió muchos dones y muchas mercedes, etc.* Estos pensamientos son entre tanto que se viste, y se llega el tiempo de comenzar la oracion, disponiéndose con ellos á la confusion y vergüenza, así por la muchedumbre de los pecados, como por la muchedumbre de los beneficios recibidos de la mano de Dios. Y aquella confusion y vergüenza que suelen tener los hombres cuando han perdido la gracia de su rey, principalmente si despues de haberle ofendido han de parecer en su presencia, aviva mucho este sentimiento de la vergüenza con que nos hemos de presentar en la oracion delante de Dios, habiendo respondido con ofensas á los beneficios recibidos.

Y luego á la entrada de la meditacion, despues de la oracion preparatoria en el primer preámbulo, que es la composicion de lugar, dice así <sup>2</sup>: *Será aquí ver con la vista imaginativa, y considerar mi ánima ser encarcelada en este cuerpo corruptible, y todo el compósito en este valle, como desterrado entre brutos animales; digo todo el compósito de ánima y cuerpo, etc.* En esta consideracion, ó composicion de lugar, está la primera semilla y como primer fundamento para venir en vergüenza y confusion de las culpas. Porque así como el primer principio para soltar la rienda al pecar, es la falsa persuasion de que no hay

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Semana, Adic. 2.<sup>a</sup> — <sup>2</sup> 1.<sup>a</sup> Semana, 1.<sup>er</sup> Ejerc. preámbulo. 1.<sup>o</sup>

otros bienes mayores que los que se perciben por los sentidos; así la primera verdad que nos mueve á penitencia, es conocernos por desterrados sobre la tierra, y que los bienes que se perciben por los sentidos, son comunes á los hombres con los brutos animales. En el libro de la Sabiduría, los hombres impíos y pecadores se exhortaban unos á otros diciendo: El tiempo de nuestra vida es corto y lleno de molestias; y el hombre cuando muere no halla refrigerio ni descanso; ni sabemos de nadie que haya resucitado para volver á este mundo; porque así como nacimos de nada, así seremos despues como si no hubiéramos sido. Y sobre este fundamento; que no hay que esperar nada despues de aquesta vida, se convidan unos á otros diciendo: Venid, y gocemos de los bienes presentes, y usemos de las criaturas como solíamos en la juventud; llenémonos de vino precioso, y de unguentos olorosos, y no se nos pase la ocasion del tiempo; porque esta es la parte que nos toca, nuestra hacienda, y nuestra riqueza, y no tenemos que esperar otra. Pues así como éstos se convidaban á toda maldad, porque se miraban como vecinos y moradores y ciudadanos de este mundo, sin esperar otra cosa despues de él; así por el contrario para avergonzarse y arrepentirse de las culpas, lo primero es conocer el último fin para que fuimos criados; el cual, porque no se alcanza en esta vida, síguese que vivimos en ella como desterrados; no digo solamente entre bárbaros, sino entre los brutos animales condenados á vivir entre ellos; donde los mayores deleites de que gozan nuestros sentidos, no son otros de los que gozan ellos; y si por esos deleites dejamos á Dios, que es el fin de nuestra bienaventuranza, nos hacemos del todo semejantes á ellos.

Síguese tambien, que nuestra alma está en el cuerpo como en cárcel, y que el camino para alcanzar la verdadera libertad, es apartarse con esfuerzo de aquellos deleites á que llaman los sentidos; y que el haberse sujetado y rendido á ellos, ha sido ponerse de su voluntad en una servidumbre tan vil y miserable, como si un rey viniese á ser esclavo de señores tan bárbaros, que le tuviesen entre las bestias, comiendo en su compañía el mismo manjar que comen ellas. Esta consideracion, que es de tanta eficacia para aborrecer las culpas y avergonzarse de ellas, está breve y fácilmente practicada en esta composicion de lugar, imaginando al alma como encarcelada en el cuerpo, y al hombre como desterrado entre brutos animales. Este mismo afecto de vergüenza y confusion se pide en el segundo prelude de este ejercicio primero: *El segundo es demandar á Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo. Aquí será demandar vergüenza y confusion de mí mismo, etc.* Y luego en el primer punto habiendo tratado del pecado de los ángeles, dice así: *Queriendo todo esto memorar y entender por más me avergonzar y confundir, trayendo en comparacion de un pecado de los ángeles, tantos pecados míos, etc.* Y en el tercer punto empieza á disponer por este medio á la perfecta contricion, cuando dice: *Trayendo á la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor, discurrir con el entendimiento, como en el pecar y hacer contra la bondad infinita justamente ha sido condenado para siempre, etc.* Y esta es la primera semilla que se planta en el ánimo; de donde nace despues aquel afecto tan crecido é intenso, que se acaba de declarar en el quinto punto del segundo ejercicio. Donde ya no solamente le parece á uno que es debido castigo de un pecado mortal penar para siempre; mas aún se maravilla como no se han hecho nue-

vos infernos para castigar injurias de tan gran Señor. Esto mismo se practica y se da más claramente á entender en el segundo ejercicio de los pecados; porque antes de entrar en la oracion, se debe disponer el que se ejercita con estos mismos pensamientos, como se dice en la segunda adición por estas palabras: *Asimismo en el segundo ejercicio haciéndome pecador grande y encadenado, es á saber, que voy atado como en cadenas á parecer delante del sumo Juez eterno: trayendo el ejemplo como los encarcelados, y encadenados, y ya dignos de muerte, parecen delante de su juez temporal, etc.* Con esta disposicion de humildad, juntamente de vergüenza y de temor, todos los puntos del ejercicio van encaminados á ponderar las culpas por la muchedumbre de ellas, por su deformidad, por la miseria y pequeñez del que las cometió, por la grandeza del Señor ofendido, y por la bondad y longanimidad con que nos ha sufrido y obligado con nuevos beneficios por medio de todas sus criaturas. Y con estas verdades queda curada la soberbia y locura del hombre, y muda la lengua para no excusar con malicia los pecados, y el corazon tan aparejado á recibir cualquier castigo, que le parece poco el infierno para lo que merece su maldad y desagrado.